

O dulce Jesús, sí, queremos alabaros, glorificaros y bendeciros; o buen Pastor, o pan de vida, tened compasión de nosotros, dignaos protegernos acá en la tierra, y alimentarnos con vuestra sagrada carne; dignaos asimismo en la tierra de los vivos hacernos gozar de los bienes, que reserváis á vuestros elegidos!... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DE LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZON; TERCER DOMINGO  
DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. JUAN, XIX, 31-35.)

**Eucaristía instituida para nuestra mayor ventaja ; Jesus verdadero médico de nuestras almas.**

TEXTO. *Unus militum lancea latus ejus aperuit, et continuo exiit sanguis et aqua.* Empero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al punto salió sangre y agua.

EXORDIO. Hermanos míos, el Evangelista san Juán, despues de haber referido la traición de Judas, la prision de Jesús, su flagelación y crucifixión, despues de habernos repetido las conmovedoras palabras, con que al morir el Salvador nos legaba á su dulce Madre, la amable Virgen María, para ser Madre de todos nosotros; en fin, despues de habernos mostrado á este divino Salvador expirando; cuando vió que todo había acabado, continua su relato en estos términos: « Entonces los Judíos, por cuanto era la víspera de la Pascua, para que los cuerpos no quedasen en la cruz en el Sábado, pues era grande el día del Sábado, rogaron á Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados. Pilato accedió á su demanda, los soldados quebraron las piernas de los dos ladrones que habían sido crucificados al lado de Jesús. Más cuando vinieron á Jesús, como le vieron ya muerto, no le

FIESTA DEL SAGRADO CORAZON ; 3<sup>er</sup> DOM. DESP. DE PENTECOSTES. 277

quebraron las piernas, empero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza y luego salió sangre y agua. Y él que lo vió, añade san Juan, da testimonio, y su testimonio es verdadero. »

Tal es, hermanos míos, el Evangelio señalado para esta bella fiesta del sagrado Corazon, que celebramos en este día. ¡ Tierna inspiración de las almas piadosas! Casi en toda la Iglesia, despues de la fiesta de la Eucaristía, es la fiesta del sagrado Corazon de María, la glorificación y celebración de su inefable ternura para con nuestras almas!... En efecto, la Santa Eucaristía es quizás la más incomprensible manifestación de este prodigioso amor, que nos ha mostrado Jesucristo, presente en esta Iglesia, dándose á nosotros enteramente en su adorable Sacramento! Jesucristo en medio de nosotros de día y de noche, no teniendo las más de las veces otro compañero de su sacrificio desconocido que la pequeña lámpara, que arde delante de Él! Qué materia de piadosas y tristes reflexiones!...

PROPOSICIÓN. El domingo último os dijimos, hermanos míos, cómo la institución de la Santa Eucaristía, sacrificio y sacramento á la vez, contribuía á la gloria de la Santísima Trinidad y de Jesucristo, Dios-Hombre. Entonces carecimos de tiempo para explicaros cómo el corazon tan bondadoso de nuestro divino Salvador los había establecido para el mayor bien de nuestras almas. Esto es, pues, lo que me propongo explicaros esta mañana.

DIVISIÓN. Cuán dulces son vuestros tabernáculos, ó Dios de la Eucaristía! Almas piadosas, que gustais de aproximaros allí, vosotras habéis probado, saboreado y sabréis por experiencia cuán dulce es Él Señor! Cuanto podría decirse con respecto á su adorable persona! Pero me detendré solamente en un pensamiento claro, fácil y que estará al alcance de todos (hasta de los niños que están preparándose á recibir la primera comunión, ó de aquellos que acaban de hacerla) Jesús, médico, Jesús divino medicamento, que cura á nuestras almas con el inefable sacramento; hé aquí el único pensamiento, del cual pienso ocuparme esta mañana; y espero que esto bastará para hacernos compren-



der que la Santa Eucaristia ha sido instituida para nuestro mayor bien.

Amadísimos hermanos, leemos en el Evangelio que los enfermos, confiados en el poder y bondad de Nuestro Señor Jesucristo se reunian al rededor de Él, tratando de tocarle, para ser curados de sus enfermedades y defectos. ¡ Oh dulce Hijo de la Virgen María, ¿ con qué tierna compasión os prestáis á la diligencia, á veces indiscreta, de estos enfermos? Con qué caridad satisfacíais sus deseos!...

No hubo ni uno solo, que recurriese á vos, y no fuese curado!... No, hermanos míos, ni uno sólo; tal era la bondad y compasión, que reservaba Dios á las dolencias de la naturaleza humana!... Pues bien, lo que este adorable médico era para los cuerpos durante el curso de su vida mortal, es hoy, fué ayer y será mañana y siempre en la Santa Eucaristía para las almas, que le invocan!...

¿ Qué deseáis de un médico? ¿ Qué cualidades le exigís? Creo que hasta el más exigente enfermo no podría pedirle más que las siguientes: *Primero*: la ciencia; *segundo*: el acierto; *tercero*: la abnegación, la afección, y *ultimamente*, deseáramos tambien que tuviese cierto desinterés, es decir, que despues de habernos curado, no exigiese el médico mucho dinero por nuestra curación. Pues bien! hermanos míos, el médico de nuestras almas, que reside en la Santa Eucaristía, posee eminentemente todas estas cualidades.

Cuántas veces los más notables doctores se han equivocado con respecto á las enfermedades del cuerpo! Cuántas dudas, cuántos debates y discusiones se han suscitado aun entre lo más célebres! Qué hay que hacer con este enfermo? Metedle en agua fría, contesta la ciencia alemana, hacedle entrar en reacción por medio de fricciones, dirá por ejemplo la escuela francesa. — Y á pesar de éello, las dos le dejan morir, porque hay una infinidad de enfermedades, cuyas causas se ignoran, y la ciencia de los hombres está lejos de ser infalible... Pero el Dios de la Eucaristía, el médico de las almas, ¡ ah, Él conoce la fuente, y el principio de

nuestras enfermedades. Ningun síntoma le escapa, basta aproximarse á él, consultarle de buena fé, escucharle con docilidad para recibir de parte suya una respuesta cierta é infalible. Señor, ¿ porqué pues esta parálisis de mi alma, que no pueda hacer esfuerzo alguno cuando se trata de practicar el bien? — Élla proviene del olvido de la oración, de la pereza y negligencia con que cumplís vuestros deberes — ¿ De donde esta sequedad, esta indiferencia, esta tisis de un corazon que se estrecha? De vuestra dureza hácia los pobres, y del demasiado apego á las cosas de la tierra. ¿ Por qué estas súbitas caidas, estos trasportes frenéticos de ciertas pasiones que hierven en el corazon? De la imprudencia con que os echáis en medio de las ocasiones peligrosas... Sí, hermanos míos, el médico de nuestras almas, si le consultamos con sinceridad, nos dirá las causas de todas nuestras enfermedades; las conoce...

Pero, no basta, como sabéis, amados cristianos, que un médico sea instruido; es menester aun que sepa usar de su ciencia y administrar los remedios convenientes. Y muchas veces, en efecto, los doctores más instruidos no son siempre los que curan mejor y cuidan más hábilmente á sus enfermos... Pero aquí hermanos míos, en la Santa Eucaristía, ¡ oh cuán hábil, poderoso, y feliz es el médico en las curas, que hace!...

Sobre la tierra ninguna enfermedad resistía á su poderosa palabra, sordos, ciegos, cojos, mudos, hidrópicos, leprosos, demoníacos, paralíticos, todas las que recurrían á Él obtenían su curación. ¡ Ah si pudiera penetrar en lo más hondo de los corazones, conocer y arrancar todos los misteriosos secretos, que se han pasado entre el Dios de la Eucaristía y las almas, que le han recibido con fé, ¿ qué prodigiosas curaciones no tendría que relataros?... Dudas contra la fé, tibieza ambición, orgullo, abatimiento, lujuria, cólera, envidia, ¿ Acaso existe una sola de estas funestas enfermedades de las almas, que no haya sido curada por el poder de este médico divino, por virtud de una comunión humildemente hecha!... Pobre santa Teresa, cuántas veces habéis sido abatida! Todo se alza contra vos, vuestro fervor es desconocido,



y vuestras intenciones calumniadas!... Hé aquí que la tristeza ha invadido vuestra alma y vais á ser presa de la tibieza y el abatimiento... ¿ En dónde iba á tomar nuevo vigor vuestra virtud á veces desfallecida? Virgen heroica ¿ quién, pues, os ha vuelto á dar las fuerzas necesarias, para cumplir esta hermosa misión, que Dios os había encargado? ¡ Ah, hermanos míos, abrid el tabernáculo, está allí el médico, que la ha sanado<sup>1</sup>. Y vos, glorioso san Agustín, vos que temíais no poder vencer vuestras pasiones, vos cuya disipación culpable manchaba el alma como una lepra horrorosa, cuán cambiado sois! Ya os oigo decirnos: « Estos placeres de que temía mucho privarme, ¡ oh, ahora cuántas delicias encuentro en evitarlos! <sup>2</sup>... » Abrid aun el tabernáculo, hermanos míos, y encontraréis el autor de esta admirable curación! Y para este divino médico no hay enfermedad desesparada de remedio. Hé aquí un príncipe cruel, herético, incestuoso, perseguidor de la Iglesia, especie de monstruo temido de sus vasallos como una fiera, y reuniendo en su persona todos los vicios.

San Bernardo está llamado para convertir y cambiar el corazón de este bárbaro... ¿ Qué medio empleará? O Dios de la Eucaristía, relatad este prodigio... El Santo os hizo aparecer, y la virtud que se escapaba de la humilde hostia amedrentó á este príncipe cruel: crisis saludable!... Después, desde el momento que os hubo recibido en su corazón, se sintió transformado; al estado desesperado de su alma sucedió una salud perfecta. De aquí, desde entonces convertido en modelo de castidad, de mansedumbre, de abnegación, de fervorosa penitencia, terminó su vida en la soledad y lágrimas, y fué el ilustre san Guillermo, duque de Aquitania, modelo de penitentes<sup>3</sup>...

Y ahora, hermanos míos, ¿ tiene el Dios de la Eucaristía afición para nosotros? ¿ tiene realmente interés por nuestro bien? Cuando estamos enfermos, nos gustaría encontrar á un amigo en el doctor, que nos cuida: querríamos que viniese luego de llamado, y que estuviese á nuestra disposición de día y de noche...

1. Véase sus epístolas y su *Vida*. — 2. *Confesiones*, lib. ix, cap. ix. — 3. Véase su *Vida*.

¡ Oh, y como el médico de nuestras almas responde bien á estos deseos! Desde el momento que le solicitamos, Él se apresura, por decirlo así, á venir á nuestro socorro. Un día fué rogado por un centurion, que viniese á sanar su sirviente enfermo. « Yo iré, le dijo él y le sanaré. <sup>1</sup> » Y el centurion, lleno de fé, le respondió estas palabras que repetimos nosotros mismos hasta tres veces antes de comulgar: « Señor, yo no soy digno que vengais á mi casa, pero decid solamente una palabra y mi sirviente quedará sano. » Y el sirviente quedó sano al mismo instante! O adorable Salvador, cuantas veces, en la santa Eucaristía, renováis este prodigio!... Con qué ternura vos escucháis al alma, que os suplica: Con qué celeridad andáis á su socorro!... O bondadoso Jesús, ó Dios del tabernáculo, decid, os lo pedimos con instancia, pronunciad sobre nosotros una de estas poderosas palabras, que sane nuestras almas!... Sí, amados hermanos míos, Jesús queda siempre allí pronto á escucharnos, dispuesto á venir en nuestras almas para sanarlas; bástanos manifestarle humilde y sinceramente nuestro deseo.

En fin, hermanos míos, he añadido que deseábamos encontrar en un médico el desinterés y la caridad... Hace apenas algunos años que murió en París un hombre más recomendable aun por su fé viva, franca y valiente, que por su ciencia profunda. Era el doctor Recamier, uno de los más célebres doctores de nuestro siglo. Muchas veces visitaba á los enfermos indigentes; prodigaba á estos pobres cuidados tan atentos y concienzudos como los que habría prestado á un príncipe. Dios solo sabe cuantas veces él pagó con su propio dinero los remedios, que prescribía, y cuán abundantes limosnas dejaba para ayudar á estas familias indigentes. Por eso fué muy llorado á su muerte y un gran séquito de pobres obreros asistió á sus exequias! Amados hermanos míos, sin duda es admirable la conducta de este ilustre doctor. ¡ Ah! es porque, como verdadero discípulo de Jesuero, este cristiano había imitado el ejemplo dado por el Dios de la Euc-

1. Mat., viii, 7.



ristía... Jesucristo viene en nuestras almas para curarlas; y ¿qué reclama de nosotros, amados cristianos, por precio de esta curación?... Agradecimiento, fidelidad y amor... Pero, ó dulce Jesús, ¿Es esto pedirnos algo? ¿No es una alegría, una felicidad el amar al que nos sana, y darle gracias? Hay más, hermanos míos, no solo él sana gratuitamente las enfermedades de vuestras almas; sino que léjos de exigirnos el pago de sus cuidados, nos enriquece, nos colma de favores y derrama sobre nosotros sus más abundantes gracias. ¡Oh vosotros, que tenéis la dicha de recibirle de tiempo en tiempo, pedible no sólo la gracia de triunfar del vicio y vencer vuestras pasiones; á ejemplo de los santos, sed más exigentes, aspirad á cosas mal altas; pedible las virtudes, de qué necesitáis, suplicadle os conceda una fé siempre creciente, una esperanza más firme, una caridad más viva. No temáis ser indiscretos en vuestras demandas, fatigar su bondad y agotar su liberalidad. ¡Ah, si toda oración es oída favorablemente, lo es sobre todo la que dirigimos á este divino Salvador cuando tenemos la dicha de poseerle en nuestras almas!...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, os decía que la santa Eucaristía habia sido instituida por nuestro divino Salvador para nuestra mayor ventaja. He tratado solamente de una manera superficial este asunto. Os he mostrado solamente como al caritativo médico, que sana nuestras almas de sus enfermedades. Y cuántos otros títulos aun habríamos podido darle. Él es Maestro celestial que ilumina y forma á los santos; es el pan de vida que nutre las almas, es la humilde víctima que apacigua la cólera de Dios, es el fermento divino que conserva la fé y la religión en medio de las corrupciones y desfallecimientos de la pobre naturaleza humana. « Quitad este sacramento de la Iglesia, exclamaba un santo, y qué quedará en el mundo, sino el error y la infidelidad! Los pueblos enteros serán como rebaños de animales esparcidos y entregados á la idolatría ó á la incredulidad, como se vé en los países heréticos ó infieles<sup>1</sup>. »

1. San Buenaventura, *apud Mansi*, Disc. 1, nº 8.

— Ah, hermanos míos, á veces se sorprende uno al ver, que Dios no castiga de una manera más terrible nuestras pobres sociedades. ¡Oh Dios, tantas blasfemias como se pronuncian é imprimen, tanta corrupción y degradación en las costumbres, tanta indiferencia y cobardía por el bien, tanto ardor y audacia por el mal, tantos crímenes como cada día se elevan hácia el Cielo como una nube siniestra; no atraerán el rayo?... ¡Ah, amados cristianos, sin el Dios de la Eucaristía, este rayo habría desde largo tiempo caído!

Pero, ved á este Jesús presente en tantos tabernáculos; ved esos millares de sacrificios ofrecidos cada día sobre tantas altares; ahí, pues, no lo dudeis, ahí está la fuerza, que detiene las venganzas del Altísimo... Sí, divino Salvador, no solamente sois el médico de nuestras almas, la fuerza, el sosten, la consolación, las delicias de los corazones piadosos; sino tambien la Providencia, que salva las sociedades. O Jesús, sed pues para siempre jamás alabado, bendito y adorado, en vuestro santo sacramento del altar... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, V, 1-10.)

### Sobre el trabajo; manera de santificarlo.

TEXTO. *Præceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus: in verbo autem tuo laxabo rete. Et cum hoc fecissent, concluderunt piscium multitudinem copiosam.* Maestro, habiendo trabajado toda la noche, nada hemos tomado: mas en tu palabra echaré la red. Y habiéndola echado, cogieron gran multitud de peces.

EXORDIO. Hermanos míos, Nuestro Señor comenzaba su vida pública, y fué pocos meses despues de ser bautizado por san Juan Bautista, que tuvo lugar el milagro relatado en el Evangelio del